

Status actual de la noción de objeto (otro sujeto) en psicoanálisis

Rodolfo Moguillansky

Aunque me parecen muy importantes las disquisiciones en torno a la polisemia que tiene la noción de *objeto en psicoanálisis*, dejaré de lado la compleja y múltiple significación que tiene *el objeto* en nuestra teoría, en el cuerpo central de mi ponencia, para concentrarme en las cuestiones que se despliegan en *la relación con otro objeto, otro sujeto, en el seno de un vínculo*.¹

Hago esto, en tanto concibo esta mesa –tal como me fue propuesto– como una nueva vuelta de aquella en la que discutimos *Relación de objeto y/o Vínculo* (1998).²

Sin embargo no me desentiendo totalmente del primer problema, sobre su polisemia y la ubicación dentro de esta polisemia, del vértice sobre el *objeto* que privilegio en este escrito, doy un sucinto panorama en un apéndice³ que adjunto a este texto.

Lo que esbozaré en esta ocasión respecto de *la relación con otro objeto, otro sujeto, en el seno de un vínculo* tiene como piso presupuesto tanto lo que expongo en el apéndice, como lo que postulé en aquella mesa redonda (ibid).

Para comenzar, algunas definiciones (el que tenga que darlas, como diría Gregory Bateson, es parte del problema que, a mi juicio, hay que discutir):

¹ Lo que planteo sigue los lineamientos de lo que hace largos años venimos trabajando con Guillermo Seiguer.

² Publicada en Boletín Científico de APdeBA, I, y luego en *Psicoanálisis*, vol. XX, N° 3, 1998.

³ Para los interesados en mi punto de vista respecto de este problema ver el apéndice final.

1. En primer lugar tomo como propia, para darle espesor al papel que juega *el vínculo en la relación del sujeto con otros objetos* (yo preferiría decir otros sujetos), la frase que nos trajo Alfredo Ortiz Frágola en la primer mesa redonda, que pertenece a Winnicott, “no existe tal cosa llamada bebé” y que Alfredo extiende a “no existe tal cosa llamada self” porque tal cosa “no puede existir aislada de ciertas configuraciones vinculares” (yo suprimiría lo de ciertas). En ese sentido diría que el *Robinson Crusoe* de la saga relatada por Defoe, un humano culturalizado, precisa de un *Viernes* para seguir perteneciendo al género humano. Si *Robinson Crusoe* no tiene ni mantiene relaciones con un *Viernes* en tanto otro significativo, corre el riesgo de vivir en un mundo con las características que tiene el *Clastrum* que nos enseñó Meltzer, un mundo inhumano.

2. Cuando digo *vínculo* debe entenderse que englobo en él tanto las relaciones discriminadas que un sujeto tiene con otro sujeto (en las que el otro no es un mero objeto, es otro sujeto diverso de mí), como las no-discriminadas (fusionales, especulares, narcisistas, según la nomenclatura que acentúan diversos marcos teóricos) en tanto sugiero que en su seno (en el vínculo) se alternan ambos estados. Por lo anterior, para mí, englobar ambos estados en el mismo concepto, *vínculo*, excede una cuestión semántica y hace al nudo de mi ponencia.

3. Cuando constituimos un vínculo con otro/s objeto/s, otros sujetos, instituímos a la par un orden que nos abarca –lo que con Seiguer denominamos “Lo conjunto”, institución en la que el otro es gemelo o complementario y además incluye *la fantasía de tener junto con él una fantasía en común, un vínculo basado en la creencia en Lo Uno*.⁴ Este orden que instituímos a su vez nos instituye como sujetos. Luego de constituido el vínculo, los sujetos del vínculo inevitablemente deberán afrontar que tener la *fantasía de tener una fantasía en común* es una ficción y aceptar en esa desilusión que ese otro ilusoriamente tan conocido –tan conocido que supuestamente tiene fantasías iguales a las mías, o en su defecto complementarias–, es un desconocido –ni gemelo, ni complementario, no hace *Lo Uno* junto conmigo–, incluso es en algún punto radicalmente desconocido, irreductiblemente distinto a lo conocido por uno: lo que Kaës llamó *negatividad radical*, Berenstein y Puget nominan como *ajenidad*, y que con Seiguer denominamos *alteridad radical*.

⁴ Moguillansky, Rodolfo, 2003, *Diálogo ordinario y sentido común*, El Zorzal.

Esta noción de *vínculo* que estoy proponiendo, que presupone la institución del orden de *lo conjunto*, añade entonces nuevas heridas narcisistas, en tanto por un lado somos instituidos desde un vértice que nos descentra—agrega otro descentramiento a los ya conocidos—: *constituir un vínculo nos instituye como sujetos del vínculo*. Ser sujetos del vínculo nos enlaza con alguien —objeto-sujeto— que en algún punto es inaccesible, incognoscible, y a la vez nos hace participar en un orden supra-individual, el vínculo como institución, que pasa a ser un instituyente de nuestro pensar.

4. En el seno de un vínculo, las palabras, los gestos, en fin todo lo que se intercambia, no significan lo mismo para quien enuncia y para quien escucha, aun cuando usen las mismas palabras y se participe de un mismo universo cultural, pero generalmente no se está alertado de este malentendido. Tan es así que es usual que se crea en el regazo de una conversación que se participa de un mismo código, o para decirlo más brutalmente, que en el interior de un vínculo se cree ser usuario de una misma lengua fundamental —*Ursprache*—, incluso esto suele ocurrir en una discusión académica, lo que a mi juicio es índice de un sobreentendido que el sujeto y el otro (objeto-sujeto) permanentemente tienen que deconstruir si es que aspiran a entenderse.

5. Por lo planteado en “4”, sugiero que es capital distinguir el saber logrado en la ciencia o en el acervo ilustrado merced a Galileo, Copérnico, Darwin o Freud —por nombrar un lugar común que nos sirva de referencia—, merced al enorme esfuerzo teórico-emocional de estos gigantes —digo emocional en tanto el nuevo saber que nos proveyeron traía aparejado importantes heridas narcisistas— en tanto nos descentraba,⁵ y lo que corrientemente en la clínica se nos presenta: *individuos que en su pensamiento y en sus vínculos habitualmente está presupuesta la idea de centro*.

⁵ En 1906 S. Freud responde a un cuestionario sobre los diez mejores libros que le gustaría llevar con él a una isla desierta. Freud aclara que no puede responder tan simplemente, hay libros literarios y libros científicos. Cuando toca el turno de la lista de libros científicos, nombra sólo tres: habría que llevar a Copérnico y Darwin; son ellos dos descubridores de un descentramiento que conlleva una humillación del ser humano, descentramiento cosmológico con Copérnico y biológico con Darwin. A estos dos agrega Johannes Weier, autor de *De praestigiis daemonum et incantationibus ac veneficiis* (De las ilusiones de los demonios, de los encantamientos y brebajes envenenados) publicado en Basilea en 1563. Este autor, precursor del tercer descentramiento que consumara Freud, es un autor que trata la posesión demoníaca sugiriendo que el hombre no está en su propia morada. Laplanche (1994) insinúa que quizás la hipótesis demoníaca de “Más allá ...”, Freud la extrajo de este texto de Weier.

En esa línea convengamos que aquello que se alcanzó mediante la creatividad, la audacia y la inteligencia, logrando vencer obstáculos (en el sentido que Bachelard le da a esta palabra adjetivándola: obstáculo epistemológico) emocionales *descentraban al sujeto humano, y que este descentramiento no es un bien con el que cada humano viene dotado de inicio.*

Pari passu, lo que nos descentra en nuestras relaciones con los otros no viene, como un pan bajo el brazo, con la constitución de los vínculos que formamos. *Para acceder y hacer propio este saber que nos descentra, tiene que hacerse un enorme trabajo psíquico* y su conquista⁶ no es un logro que se pueda estabilizar; sabemos que a poco de conseguirlo lo perdemos y tenemos que reconstruirlo una y otra vez merced a un trabajo psíquico, que incluye un trabajo psíquico vincular.

El descentramiento en nuestros lazos íntimos, incluyendo en ellas las relaciones con nuestros pacientes y nuestros colegas, es el que nos permite concebir eso que llamamos alteridad, ajenidad, otredad, etc...

⁶ “Estar con otro”, es una idea compleja. “Estar con otro”, en esta acepción, surge en la hendidura dada por el vínculo cuando se alcanza dentro de él, lo que con Guillermo Seiguer denominamos “estados vinculares”. Ese “estar con otro”, sólo acontece cuando el otro es “otro”, otro al que admito como diverso de mí. Esto ocurre cuando en el vínculo se tolera que los que lo integran, aunque tengan un lazo íntimo, son radicalmente heterogéneos entre sí, en su modo de ver, de sentir, de pensar, son en esencia conocidos/desconocidos –cuando esto es sentido así estamos en el vano de un *estado vincular*. Este modo de relación, rendimiento de los *Estados vinculares* –preñada de alteridad– alterna en los vínculos íntimos, con otros modos de relación, los *Estados fusionales* –en los que el otro, para cada uno es parte de *Lo Uno*– o su contraparte *El reproche* –cuando el otro del vínculo es la *Otredad*. Con *Otredad* me refiero a lo rechazado, a lo denostado por lo instituido por el vínculo, o por cada uno *¡lo que no debe ser, o incluso lo que no es!*, ese otro, en rigor debiéramos decir esa *Otredad* que es definida, como que no es parte de uno o de *Lo conjunto* del vínculo. Más referencias sobre esto ver R. Moguillansky y G. Seiguer, 1996, *La Vida emocional de la familia*, capítulo 7, Editorial Lugar. Buenos Aires y en R. Moguillansky, 2003, *Nostalgia de lo absoluto*, *Extrañeza y Perplejidad*, El Zorzal, en prensa.

APENDICE

1. Algunas acepciones distintas sobre la noción de objeto en psicoanálisis

Para dar algún eje sobre mi punto de vista respecto de la polisemia que tiene la noción de *objeto en psicoanálisis*, parto de la teoría (construcción) propuesta por Freud que sostiene que el bebé no viene al nacer con representaciones del mundo que lo rodea.⁷ La distinción entre instinto (*instinct*) y pulsión (*trieb*), explica a mi juicio en parte esta peculiaridad.

Entonces privilegio una primera acepción de *objeto*: *objeto de la pulsión*. Sumo al anterior sentido el *objeto de la percepción*,⁸ el *objeto de la identificación*,⁹ el *objeto interno o estructura endopsíquica*.¹⁰ Me resultan también importantes para mi comprensión clínica las luces y sombras que traen las nociones *objeto de la posición depresiva*, *objeto transicional*, *objeto a*, golpeándose entre sí e iluminando zonas no contempladas por cada uno de estos conceptos por separado.

2. Objeto y representación

Redundando, para este enfoque del que he decidido partir, se supone que la pulsión no trae en sí un objeto al que predeterminadamente dirigirse, ni una representación pre-experiencial que la represente; las representaciones se adquieren, y son dadas por el entorno, es el otro el que otorga significación a lo que demanda la pulsión; el sujeto de la pulsión depende de las significaciones que les son aportadas por aquellos que lo asisten (Freud, 1895);¹¹ Piera Aulag-

⁷ No hago de esto una cuestión de principios demostrados. Sólo es un axioma que me resulta útil en tanto le da coherencia a mi modo de interpretar los hechos con los que me encuentro en la clínica.

⁸ Se trata del objeto externo real, es el objeto de indagación, es el objeto de la ciencia.

⁹ Hace a la constitución del sujeto, en particular si nos referimos a la identificación primaria.

¹⁰ Se define por su función estructurante de la *Instancia*, o los *objetos* que se relacionan con la *Instancia*.

¹¹ Ante “la alteración interna” (alteración que expresa un malestar sin una búsqueda específica de un objeto en particular o de una mecánica para calmarla en su fuente) es “la asistencia ajena” (la madre) la que provee “el objeto de la satisfacción”, articulando la pulsión con un objeto que dará por resultado “la vivencia de satisfacción”, primer modelo del que partirá todo

nier (1964; 1975),¹² con un punto de vista que me resulta particularmente atractivo, incluso sugiere que a partir de las réplicas del otro, es donde cada sujeto instituye su deseo, *sus objetos de deseo*. Es importante advertir que en esta tradición, para explicar cómo se constituyen nuestras representaciones del mundo, se descentró el origen y la constitución de las representaciones psíquicas de la percepción al área del pensamiento. Para ella representar un objeto es pensarlo, simbolizarlo. Sin embargo no se comprende toda la densidad de esta cuestión si no se tienen en cuenta las complicadas relaciones entre pulsión, objeto y representación.¹³

deseo posterior. Será tarea de pensamiento encontrar sustitutos simbólicos del “primer objeto”, “objeto de la percepción” a “objetos del pensamiento”.

¹² (1964) Observaciones sobre la estructura psicótica en *Un intérprete en busca de sentido* y (1975) *Violencia de la Interpretación*.

¹³ En el capítulo séptimo de “Lo inconsciente” (Freud, 1915) nos dice: “lo que pudimos llamar representación-objeto (*Objektvorstellung*) conciente se nos descompone ahora en la representación-palabra (*Wortvorstellung*) y en la representación-cosa (*Sachevorstellung*) (pág. 198). Su consideración sobre este tema se completa en el Apéndice C, “Palabra y cosa”, de ese mismo escrito, “Lo inconsciente”. Sin embargo para no perderse es importante leerlo tanto a la luz del comentario de Strachey, que prologa este apéndice, como de la llamada a pie de página de la página 211 (Freud, Tomo XIV, O.C. Amorrortu), también de Strachey. Strachey nos advierte en el prólogo –al Apéndice que epiloga “Lo inconsciente”–, que Freud llama *Objektvorstellung* en el Apéndice, a lo que en el Capítulo séptimo del mismo texto –Lo inconsciente–, llamó *Sachevorstellung*; también, nos informa Strachey, esta vez en la llamada a pie de página, que hay que distinguir *Objekt* de términos que cabalgan a la par para capturar su singularidad: *Objekt* en la tradición filosófica alemana, denota el objeto construido en el proceso de conocer; *Gegenstand*, designa a lo que estaba ahí, enfrente: un objeto del mundo. Por otra parte *Ding* indica la cosa material, en tanto que *Sache* es la cosa del pensar, la cosa humana, y que tiene además la connotación de “escorzo concreto”. La representación-objeto (la *Sachevorstellung* del capítulo séptimo, representación-cosa) es un complejo asociativo de las más diversas representaciones visuales, acústicas, táctiles, kinestésicas; no contiene más que eso, y su apariencia de ser una “cosa” (*Ding*), a favor de cuyas diversas propiedades aboga cada impresión sensorial; surge sólo por el hecho de que a raíz del recuento de las impresiones sensoriales que hemos recibido de un objeto del mundo (*Gegenstand*) admitimos la posibilidad de una serie mayor de impresiones dentro de una cadena asociativa.

La representación-objeto (la *Sachevorstellung* del capítulo séptimo, representación-cosa) aparece entonces como un complejo abierto, no cerrado. A la representación-palabra Freud la supone, en cambio, cerrada pero susceptible de ampliación.

La palabra entonces cobra significado, para Freud –en el apéndice–, por su enlace con la representación-objeto (la *Sachevorstellung* del capítulo séptimo, esto es la representación-cosa).

3. Relaciones entre pulsión, objeto y representación

Para dar fundamento a la complejidad que tienen estas relaciones: entre pulsión, objeto-cosa, representación y palabra vale la pena recordar que Freud distingue en torno a la noción de objeto: el objeto construido en el conocimiento: *Objekt (Objektvorstellung)*; el objeto del mundo: *Gegenstand*; la cosa en su materialidad: *Ding*; La cosa del pensamiento, cosa humana: *Sache*

Me interesa destacar en esta primera aproximación que la *representación-objeto-(cosa)*, no recubre significativamente la *cosa*, ni la *representación-palabra* recubre totalmente la *representación-objeto-(cosa)*; ¹⁴ esta última es inabarcable por la representación-palabra, nunca terminará de ser dicha por ésta. Desde esta perspectiva la palabra es desde el vamos inadecuada para comunicar “todo” respecto de la representación-objeto-(cosa), y todavía lo es mucho más acerca de la cosa. La representación-palabra, la representación pre-consciente –para Freud–, no se enlaza con la representación-objeto –la representación inconsciente– desde todos sus componentes, sino sólo desde la imagen sonora.

4. La naturaleza incolmable del deseo y la irremediable insuficiencia del otro

La clínica psicoanalítica, encuentra en la anterior teorización, uno de sus más importantes apoyos para entender la naturaleza incolmable del deseo, y pensarlo –al deseo– como irremediablemente insatisfactorio, en tanto es el intento –imposible– de reencontrar aquella primera satisfacción-significación, instalada por ese otro que le “dio un objeto, le puso un nombre a lo que él necesitaba”, instituyendo la mítica “vivencia de satisfacción”, origen del mismo. Pero la insatisfacción humana, no sólo tiene que ver con lo irreproducible que es aquella experiencia que fundó al deseo; también es fuente de sufrimiento que las representaciones que el otro le dio y entonces se adquieren no reproducen punto a punto, nunca colman lo que la pulsión reclama. La significación, la representación que se adquiere de lo aportado por el otro, aun la más lograda, es siempre insuficiente.

¹⁴ *Objektvorstellung/Sachevorstellung; Ding, Wortvorstellung, Sachevorstellung*, respectivamente.

Es parte del modo de comprender del psicoanálisis, suponer que las representaciones que tenemos de “la realidad”, en la que el otro nos incluye, no capturan, no aprehenden la realidad del objeto, no accedemos desde las representaciones al objeto real, a la cosa en sí misma, sólo podemos en un difícil tránsito—pobremente—simbolizarla.

5. Sobre la necesidad de incorporar en la teorización sobre el objeto, la idea de otro sujeto con el que establecemos vínculos

Las anteriores acepciones sobre el objeto, ponen el acento en la individuación del sujeto y la discriminación del objeto, el logro de algún tipo de separatividad. En esa línea se inscriben alcanzar singularidad, alcanzar la capacidad de estar a solas, la tolerancia al sentimiento de soledad, etc. Sin embargo admitamos que regularmente formamos unidades mayores que el individuo, son unidades a las que donamos parte de nuestras funciones psicológicas, dando por resultado que preguntas cómo: ¿quiénes somos?, ¿cuál es nuestra identidad sexual? sólo pueden ser respondidas en parte por nosotros mismos. Algún otro tipo de respuesta se alcanza si incorporamos como problema a *la capacidad de estar con otro sujeto o la tolerancia al sentimiento de soledad*, las determinaciones, las incógnitas, los imposibles que nos plantea ese otro objeto, en rigor otro sujeto con el que nos vinculamos.

Rodolfo Moguillansky
Juncal 2064, 3° “A”
C1116AAF, Buenos Aires
Argentina